

chas, las atribuyen los autores á su clemencia y gran religion (1).

Entre las otras virtudes que tuvo el rey don Alonso de Nápoles, fué muy esclarecida la de la clemencia, de la cual usó con Antonio Caldora, hijo de Jacobo Caldora, que fué en su tiempo famoso capitán y muy grande enemigo del rey don Alonso, y no ménos lo fué su hijo; pero habiendo sido preso Antonio Caldora en una batalla, y aconsejando muchos al Rey que le mandase cortar la cabeza, como á enemigo y hijo de enemigo suyo, y como á hombre que tantas veces le habia quebrantado la fe, nunca quiso; antes le dió la vida y su estado, y le hizo mucha honra y le tuvo en su casa entre sus más favorecidos criados. Y notan los historiadores (2) que esta clemencia aprovechó mucho al rey don Alonso para la conquista del reino de Nápoles; porque, no solamente los amigos se confirmaron en su servicio, sino también muchos de los enemigos, vencidos de tan grande clemencia, se rindieron y sujetaron á su voluntad, como de príncipe tan clemente y benigno.

CAPÍTULO XIX.

Que por el demasiado rigor algunos príncipes perdieron sus estados.

Por el contrario, vemos que los príncipes severos y rigurosos se hacen odiosos y aborrecibles, y tirando mucho la cuerda, la rompen y ponen en gran peligro sus estados, y muchas veces los pierden, como aconteció al rey Carlos de Sicilia, el cual, despues que se rebeló el reino y fueron muertos los franceses en aquellas visperas tan celebradas, que llaman Sicilianas, vino con ejército sobre la ciudad de Mecina y la tuvo cercada y tan apretada, que no pudiéndose más defender ni resistir á la potencia del rey Carlos, le envió sus embajadores, pidiéndole perdon y suplicándole que les concediese algunas gracias honestas y fáciles, porque ellos se querian rendir y ponerse en sus manos; pero pareciendo al Rey que ya habian llegado los mecineses á lo último, y que en ninguna manera podian dejar de venir á sus manos, no quiso admitir su suplicacion, y respondió á sus embajadores con enojo y aspereza.

Con esta respuesta la ciudad de Mecina se embraveció y entró en tan gran desesperacion, que determinó dejarse ántes abrasar y asolar que rendirse á rey tan inhumano, y salieron sus gentes á pelear con el ejército del Rey, y le vencieron y desbarataron, y la ciudad quedó libre, y fué principio que todo el reino lo quedase, y el rey Carlos por esta temeridad le perdiese, y viniese á manos del rey don Pedro de Aragon, en cuya corona há ya más de trescientos años que permanece (3).

Pero el más notable ejemplo, y que sólo basta para confirmar esta verdad, es el de Ludovico Maliano, conde de Flándes, del cual leemos (4) que

(1) Theod., lib. v, cap. xxxvi. (2) Collin., en la *Hist. de Náp.*, lib. vi, cap. viii. (3) Jerónimo Zurita, lib. iv, cap. xxiii.

(4) Fulg., lib. v; Meyer, lib. xii, *Annal.*

habiéndose rebelado la ciudad de Gante, y teniendo él muy apretada y sin remedio, los de Gante le enviaron á suplicar que les perdonase las vidas, y que en lo demas hiciese lo que fuese servido. Respondió el Conde que no queria admitir condicion alguna, sino que se entregasen en todo y por todo á su voluntad, y que todos los hombres y las mujeres de la ciudad de Gante saliesen en cuerpo, con una soga á la garganta, y se echasen á sus piés pidiendo misericordia, y que despues él veria lo que debia hacer dellos.

Con esta respuesta tan inhumana los ganteses se determinaron de morir como hombres ántes que rendirse á príncipe tan fiero y cruel. Juntáronse cinco mil hombres valientes, y con la artilleria y municiones que tenian, y la poca provision de pan y vino que les quedaba, confiados de Dios y de su justicia, y de las oraciones y lágrimas de toda la gente miserable de su ciudad, habiéndose confesado y aparejados para morir, fueron en busca de su enemigo y señor, el cual salió al encuentro con treinta mil hombres, que fueron de los cinco mil gaetanos desbaratados, y con grande estrago y derramamiento de sangre dejados vencidos y deshechos, y el mesmo Conde huyó y se escondió en una casilla de una pobre mujer, y casi milagrosamente se escapó, y perdió la ciudad de Brujas y otras muchas de su estado; porque el que todo lo quiere todo lo pierde, y Dios nuestro Señor, con semejantes sucesos, enseña á los príncipes lo que deben hacer, y cuánto más fuerte es el amor que el temor, la blandura que la aspereza, la clemencia que el rigor. Y cuán verdadera es aquella sentencia del Espíritu Santo, que trujimos arriba, que el trono del rey se establece con misericordia y clemencia; porque, como dice Séneca (5), es grande error pensar que puede estar el rey seguro donde no hay cosa segura de sus manos, y que la seguridad del uno se puede haber sin estotra seguridad; y añade estas palabras: «No son menester alcázares y fortalezas altas, ni fortificar los montes y cerrar los riscos con muros y torres, porque la clemencia es la guarda del rey, aunque esté en medio de la plaza, y no hay castillo que sea inexpugnable si no es el amor de sus vasallos. ¿Qué cosa puede haber más hermosa que vivir con agrado y deseo de todos, y que si duele la uña al príncipe, teman su muerte, y no la esperen, ni tengan cosa tan preciosa, que no la ofrezcan y den por su salud?» Y esto es conforme á lo que Agasicles, rey de los lacedemonios, respondió á uno que le preguntaba cómo podría vivir el rey seguro sin guarda, y él le dijo: «Si mandáre á sus pueblos como padre á hijos» (6).

CAPÍTULO XX.

De la liberalidad y magnificencia del príncipe.

También hace muy amable al príncipe la virtud que enseña á repartir los bienes temporales largamente, conforme á las leyes de la razon, conside-

(5) Lib. 1, *De clemencia*, cap. xix. (6) Plut., in *Apophth.*

radas todas las circunstancias que para ser una obra virtuosa se deben considerar. No hay duda sino que el dar, como dijo Cristo nuestro Redentor y lo trae san Pablo (1), es cosa más noble y excelente que el recibir, y de mayor gusto y contento, y que los liberales son gratísimos á todo el pueblo por el beneficio que reciben los que son beneficiados, y los que no lo son esperan algun dia recibir, porque, como dice Agapito: «El bien hacer es un tesoro que nunca se agota, porque dando recibimos, y derramando allegamos».

Y los príncipes deben ser más liberales y magníficos por el estado que tienen, porque los bienes que poseen son de la república, como dijimos, y porque con serlo son gratos á sus pueblos, y amados y servidos, que es un medio muy eficaz para el buen gobierno y conservacion de los estados, como lo dijo Aristóteles á Alejandro Magno y lo trae la ley de la *Partida*, enseñando las circunstancias con que se debe dar, porque en el dar han de mirar á quién dan, y lo que dan, y cómo lo dan. A quién dan, para que den á quien lo merece, y lo que conviene á su persona y estado. Lo que dan, para que no den más de lo que pueden dar. Cómo lo dan, para que no lo quiten á uno para darlo á otro, ni hagan extorsiones ni violencias para derramar vanamente, secando la fuente de la liberalidad y cortando la raíz con que se sustenta.

Mas el principal cuidado que debe tener el príncipe, y en lo que más se debe mostrar liberal, ha de ser en el remediar las necesidades de los pobres y las calamidades de la república, porque éste es oficio propio del príncipe cristiano, y una imitacion de la misericordia y benignidad de Dios, el cual en toda la sagrada Escritura se llama protector, proveedor, amparo y defensor de los pobres y miserables, y este cuidado encomienda encarecidamente á los príncipes, y por este medio ellos establecen el cetro y la corona, y roban los corazones de sus súbditos y les echan cadenas de amor y de perpétua obligacion. Y así vemos que todos los grandes y piadosos príncipes fueron liberalísimos con los pobres, como los emperadores Constantino, Teodosio, Carlos Magno y otros, que dejó por brevedad (2); pero no quiero dejar de decir que Roberto, rey de Francia, hijo de Hugo Capeto, con las limosnas fundó en su casa la corona de Francia; porque daba de comer á mil pobres, y cuando se mudaba su corte les mandaba dar bestias y carros en que fuesen, para que le siguiesen y rogasen continuamente á Dios por él.

Y el santo Luis, rey de Francia, sustentaba ordinariamente ciento y veinte pobres, y la cuarentena ciento y cuarenta, y muchas veces él mismo de lo que les sobraba con grande afecto y caridad. Y antiguamente en las ordenaciones del reino de Francia, el primer capítulo de los gastos era para las limosnas; el segundo, para la casa real;

(1) Act., xx. (2) Botero, *De la razon de estado*, lib. 1.

el tercero, para reparo de los palacios y fortalezas.

Y los hebreos tienen por cosa averiguada que la conservacion de los bienes consiste en las limosnas que con ellos se hacen, y dicen que á lo ménos se debe dar á Dios y á los pobres la décima parte de la renta que cada uno posee. Y aunque en todo tiempo debe el príncipe tener este cuidado, pero más le ha de mostrar cuando alguna gran calamidad aflige su república de hambre, de peste, de fuego, de avenidas de rios, de guerra ó de otras semejantes, que Dios nuestro Señor envia para castigo de nuestros pecados; porque entónces el cristiano y piadoso príncipe se ha de mostrar como padre de toda su república, y tomar aquella ocasion por materia de su piedad y de su liberalidad, como lo hacia Tito, emperador (3), que por haber sucedido en su tiempo algunos grandes desastres, tuvo tanta vigilancia en consolar á los afligidos y remediar las necesidades de los pobres, y socorrer las miserias ajenas con un afecto tan tierno y piadoso, que con razon le llamaron regalo del género humano, como dijimos. Y si las calamidades fueren tan grandes, que no pueda el príncipe remediarlas enteramente, á lo ménos con palabras, con cartas, y con todas las otras demostraciones que pudiere, dé á entender su sentimiento, y el deseo que tiene de consolar y remediar á sus súbditos.

CAPÍTULO XXI.

De la virtud de la templanza que debe tener el príncipe.

La virtud de la templanza principalmente enseña á moderar los apetitos desenfrenados del gusto y del tacto, y la demasia y regalo de las comidas y bebidas, y á poner freno á la concupiscencia y deshonestidad. También se extiende á los otros excesos que se deben reprimir con esta virtud, ó con las otras que nacen della. Esta virtud de la templanza es muy necesaria é importante en el príncipe para la conservacion de sus estados, y el que leyere con atencion las historias, y considerare las caidas de las repúblicas y grandes imperios, hallará que los más, ó casi todos, tuvieron su principio y raíz de la destemplanza y demasado regalo; porque no hay duda sino que faltando esta virtud, la prudencia se ciega, la fortaleza se enflaquece, la justicia se corrompe, y cualquiera otro bien pierde su lustre y vigor, y que un corazón vencido y afeminado con el deleite no tiene fuerza para regirse á sí ni á otros, ni para resistir á sus pasiones ni á los asaltos de los enemigos, y que hará muchos agravios y violencias, si tuviere poder y ocasion para ello, y destruirá con su mal ejemplo las buenas costumbres, é inficionará la república, y dejarla ha desproveída y desarmada de todo amparo y defensa.

No quiero extenderme en cosa tan clara; basta decir que el ejército de Anibal, que era invencible, y con tres sangrientas vitorias habia casi destruido el imperio romano, perdió su vigor, y se

(3) Suet., in *Tito*, cap. viii.

ablandó con las delicias de Capua, como lo dice Tito Livio por estas palabras: *Itaque quos nulla mali vicerat vis, perdidere nimia bona, ac voluptates immodicæ; et eo impensius, quo avidius ex insolentia in eas se immergerant. Somnus enim et vinum, et epule, et scorta, balneaque, et otium consuetudine in dies blandius, ita enervaverunt corpora animosa, ut magis deinde præterita eos victoriæ, quam præsentis tutarentur vires* (1). Quiere decir: De manera que los que no habían podido ser vencidos con ningún trabajo quedaron arruinados en el descanso y demasiado regalo, y tanto más, cuanto, por no estar acostumbrados, se entregaban á él con mayor gusto y ménos recato; porque el sueño, el vino, los manjares, las malas mujeres y los baños, y el mismo ocio, que cada día les parecia más sabroso y blando, de tal suerte debilitaron los cuerpos y los ánimos de los soldados, que se sustentaban más con la opinión de las victorias pasadas que no con las fuerzas presentes. Esto es de Tito Livio, el cual añade que los hombres expertos en el arte militar culpaban más á Anibal por haber alojado el ejército en Capua, que era lugar regalado, que por no haber venido sobre Roma, en alcanzando la victoria de Cánas; porque lo uno podía parecer que era dilatar la victoria; y lo otro, cortarse los brazos y quitarse las fuerzas, para no poderla jamás haber.

Y Valerio Máximo dice (2) que habiendo Capua abrazado con sus regalos á Anibal vencedor, le entregó para que fuese vencido á los soldados romanos; y por haber ablandado con las comidas regaladas y vinos suaves, y ungüentos olorosos y trato de mujeres lascivas, aquel pecho duro de Anibal y de su ejército invencible, se quebrantó y deshizo la ferocidad de los africanos. Y añade: «Pues ¿qué cosa puede haber, ó más fea que estos vicios, ó más dañosa? Por los cuales la virtud se pierde, las victorias se marchitan, y la gloria alcanzada se escurece y se trueca en infamia, y todas las fuerzas del cuerpo y del alma se arruinan de tal manera, que no sabe el hombre cuál de las dos cosas sea peor, ó ser preso destos vicios, ó de los enemigos.» Todo esto dice Valerio Máximo.

Pues el mismo imperio romano, que hizo temblar al mundo, y sujetó con sus armas á tantas provincias y triunfó de tantos y tan poderosos reinos, entrando en Roma el lujo y regalo de Asia, despues que Paulo Emilio la venció, se trocó de manera, que dió esperanza á las otras naciones de poder vencer á la que ántes era vencedora de todas, y á sujetar con las armas á los que ya estaban sujetos y rendidos al deleite; y esto es lo que quiso decir el poeta Juvenal en aquellas palabras: *Gula et luxuria incubuit, victumque ulciscitur orbem*; que despues que la gula y la lujuria crecieron, vengaron al mundo vencido, de sus vencedores; y así todas las naciones que habían sido vencidas y destruidas de los romanos, vencieron y destruyeron á Roma, y triunfaron della, como consta de las historias.

(1) Livius, *Decad.*, lib. I. (2) Lib. IX, cap. I.

Este es un mal tan grande y tan universal y pernicioso, que si el príncipe cristiano no vela mucho sobre las costumbres de sus vasallos, para no permitir que se vayan estragando, cuando querrá no lo podrá remediar, porque es tanta la inclinación natural que por la corrupcion de nuestra carne tenemos al deleite, tantos los incentivos y los malos ejemplos y peores consejos, y no pocas veces de los mismos que lo debrian remediar, que nos tiran, y echan aceite á las llamas, que si no se pone gran fuerza, necesariamente han de cundir y extenderse cada día más, especialmente en las ciudades y tierras donde, por el mucho comercio y trato, y abundancia de mercaderías, hay más enemigos que nos combaten, y más cebo en que picar.

Y tambien en las córtes de los grandes príncipes, donde hay concurso de muchas y várias naciones, hay mayor peligro de perder la moderación que nos enseña la virtud de la templanza; porque, como no hay nación que no tenga sus virtudes propias y sus vicios, y las virtudes se aprendan con tanta dificultad, y los vicios se nos peguen tan fácilmente y tan sin sentir, donde hay comunicación de muchas naciones es cosa muy ordinaria el pegarse los vicios, y quedar impresos y estampados en los que tratan con ellas. Y por esto importa mucho que el príncipe deseoso de la conservación y buen gobierno de su estado esté atento y vigilante para cercenar los excesos de los trajes y galas, de los banquetes y comidas, de los juegos y pasatiempos, de la liviandad y libertad de las mujeres, de los gastos inmensos que se hacen en los dotes, joyas y atavíos dellas, y finalmente, de todo lo que ablanda los ánimos, gasta las haciendas, pervierte las buenas costumbres y corrompe la república; y que ponga gran cuidado por todo su reino en esto, y mayor en su corte, así porque es el espejo en que se miran todos, como porque della se derrama fácilmente el bien y el mal por todo él (3), y porque comunmente los señores y caballeros suelen enviar sus hijos á la corte de su rey, para que los conozcan y se crien en ella, y aprendan á ser bien criados y cortesés, modestos y templados, y conviene que sea escuela donde lo puedan aprender, y no el estrago y perdición de las buenas costumbres que trujeron de sus casas.

Por esto dice Isócrates, escribiendo á Nicócles, estas palabras: «Ternás cuidado de las casas de particulares, y piensa que los que hacen gastos desordenados lo gastan de tu hacienda, y los que trabajan y guardan lo suyo te allegan y acrecientan; porque todos los bienes de los moradores del pueblo son como propios de los príncipes que reinan bien.» Pues el príncipe cristiano, ante todas cosas, como señor soberano y cabeza, procure mover con su ejemplo á sus súbditos á toda templanza y moderación; porque más puede el buen ejemplo del príncipe para persuadir á los otros la virtud, que todas las leyes y diligencias que sin él se

(3) Part. II, tit. IX, lib. XXII.

usan; y comunmente los grandes señores y caballeros del reino se miran, como en un espejo, en su príncipe, y procuran imitarle, y dellos se deriva el bien y el mal en los demas.

Y así dice Isócrates á Nicócles (1): «No tengas por bueno que los otros vivan ordenadamente, y los reyes desordenados, sino que pongas tu templanza por ejemplo á los demas, sabiendo de cierto que las costumbres de todo el pueblo se hacen semejantes á las de los príncipes y de los que mandan.» Y más abajo dice: «Mandarás á ti mismo no ménos que á los otros, y piensa que no hay cosa tan real como no servir á ningún deleite, y señorear á tus pasiones y deleites más que á tus súbditos»; porque así como cualquiera mancha ó fealdad es más notable en la cara que en otro cualquiera miembro del cuerpo; así el pecado y escándalo del príncipe, que es como el rostro, en quien se mira toda la república, es más feo que los de las otras personas particulares, y como mancha en paño más fino, cunde más (2).

CAPÍTULO XXII.

Cuán excelente sea en el príncipe la virtud de la templanza.

Puesto caso que la virtud de la templanza tenga por objeto el moderar las propias pasiones, de la manera que en el capítulo pasado queda declarado, y que por esto no se tenga por virtud de tanta excelencia como la justicia y la fortaleza, que miran al bien comun, todavía es tan dificultosa en el príncipe, por los muchos regalos y ocasiones que tiene para destemplarse, y de tanto provecho para refrenar el impetu de la gente que se deja arrebatar del apetito sensual; y está la república hoy día tan estragada y perdida, que con razón podemos tener por nobilísima y excelentísima y divina virtud en el príncipe la templanza; especialmente lo es aquella parte della que pertenece á la castidad, en la cual debe el príncipe resplandecer y esmerarse, para ser tenido por un milagro en la tierra, amado y reverenciado de todos sus súbditos, y reformarlos con su ejemplo, y librarse de los peligros en que los príncipes disolutos y desenfrenados suelen caer, perdiendo sus vidas y estados; porque el amor deshonesto es un olvido de la razón, hermano de la locura, enemigo de la ánima; perturba todos los consejos, quebranta los generosos espíritus, y á los que son de altos pensamientos los abate y apoca, y abaja á obras feas y viles.

¿Quién podrá contar los daños que esta pestilencia de lujuria causa en la república, pues derrama la hacienda, pierde la fama, quita la salud, acorta la vida, acarrea la vejez, embota la memoria, escurece el entendimiento, turba la razón, estraga la voluntad, destierra la quietud y paz del alma; es seminario de enemistades, muertes y violencias; inficiona la república y la entrega á sus enemigos, y priva á los que posee, aunque sean reyes poderosos, de su libertad; hácelos esclavos y cautivos

de una mujercilla, y sujetos á sus antojos y desvarios? No hay cosa que más robe los corazones que la virtud, y entre las virtudes, aquella causa mayor admiración que es más dificultosa, y tal es la castidad, porque combate con la carne, que es un enemigo continuo, doméstico y muy porfiado, y más en un príncipe criado con regalo, adorado y servido con tanta lisonja, y que puede lo que quiere, sin que haya quien resista á su poder y voluntad, y por esto, cuando vemos un príncipe casto, honesto, celoso de la honra de las mujeres honradas, y castigador de las libres y de los excesos y torpezas que se cometen en la república, no podemos dejar de admirarnos, y de amarle y alabarle con particular ternura y afición.

¿Cuán grande loa alcanzó Alejandro Magno cuando, despues de haber vencido al rey Darío, venció con otra vitoria más noble y gloriosa á sí mismo, tratando á la mujer de Darío, que era hermosísima, como á hermana, y á las hijas como si fueran sus propias hijas, con grandísimo recato y honestidad? (3). ¿Cuánta admiración y benevolencia causó en los pechos de los españoles lo que hizo Scipion Africano cuando tomó á Cartagena? (4). Porque siendo de veinte y cuatro años, y hallando en aquella ciudad una doncella de extremada hermosura, que estaba desposada con un caballero principal, llamado Indibile, y pudiendo, como vencedor, aprovecharse della, no quiso, ántes mandó llamar á sus padres y entregársela, y como ellos, en señal de agradecimiento, le ofreciesen gran suma de oro y plata, no la quiso aceptar; ántes mandó que se diese, con la doncella, por dote á su esposo.

Y fué tanto lo que con este hecho ganó las voluntades de los españoles, que le comenzaron á amar y servir más que ántes le habían temido y obedecido por sus armas, y se apartaron de la amistad de los cartagineses, y se entregaron á la de los romanos; porque, como dice Entropio (5), con las máquinas derribaba los muros de las ciudades, y con la honestidad de su cuerpo rendía y robaba los corazones de los moradores dellas. Esta misma templanza mostró Pompeyo, en la guerra con Mitridates, con muchas mujeres hermosas que tuvo cautivas, las cuales, sin tocarlas, envió á sus padres, cargadas de dones.

Y lo mismo hizo Totilas, rey de los godos (con ser bárbaro), cuando tomó á Cúmas, con muchas señoras romanas, restituyéndolas libremente á sus padres y maridos (6). Y el fiero y cruelísimo Selim, que mató á su padre y hermanos, tuvo tan gran respeto á la castidad, que habiendo vencido en una sangrienta batalla á Ismael Sofí, rey de Persia, y hallado en su campo gran número de mujeres hermosísimas, no quiso tocar á ellas, ántes las mandó volver á sus maridos con mucha honra, y esta tem-

(5) Plut., in *Alej. Q. Curt.* (4) Plut., in *Scip. Luc. Flor.*, lib. II, cap. VI; Thom., *Opusc.*, XX, lib. III, cap. VI. (5) Lib. III, cap. V. (6) Carol. Sig., *De Occid. Imp.*, lib. XVI.

(1) Orat. I, ad Nicócles. (2) Plut., lib. *De Polit.*

planza le valió mucho para el curso de sus vitorias (1).

Pues ¿qué diré del Gran Capitan don Gonzalo Fernandez de Córdoba, el cual no quiso usar de la ocasión que un ruin padre y caballero pobre le ofrecia de dos doncellas hijas suyas, de rara belleza, pensando que por este camino podria remediar su necesidad? Mas el Gran Capitan la remedió, y casó las dos doncellas con dos caballeros, mirando por su honra mejor que su padre, y dando notable ejemplo, no ménos de su grande templanza que de su valor y magnanimidad (2); y en todas sus guerras tuvo gran cuenta con la honra y honestidad de las mujeres, como si fuera padre de cada una dellas.

Por otra parte, vemos que los príncipes muchas veces pierden sus vidas y estados por entregarse al deleite sin freno, y seguir, como bestias, su apetito sensual; porque cuando el príncipe hace fuerza á mujeres honradas, como la injuria toca á la honra de sus maridos, padres, hermanos y deudos, y se tiene por injuria universal de todos (porque ninguno se tiene por seguro), cobran todos generalmente grande aborrecimiento al príncipe, y procuran vengarse, y á trueco de salir con ello, se ponen á cualquier riesgo y afrenta. Por esta causa, Dionisio, con ser tirano terrible, sabiendo que su hijo habia hecho fuerza y afrentado á una mujer de Zaragoza de Sicilia, le dijo: «Eso, á lo ménos, no me lo habeis visto hacer á mí.» Y como el hijo le respondiese: «Vos no sois hijo de rey», respondió Dionisio: «Ni vos, con tales costumbres, dejaréis el reino á vuestros hijos» (3).

¿Quién echó á los reyes de Roma, sino la deshonestidad de Tarquino? ¿Quién quitó de ella al magistrado de los decemvros, sino la violencia que usó Apio Claudio con Virginia? ¿Quién mató al emperador Calígula? ¿Quién á Theodiselo, rey de los godos, á quien acabaron, por su deshonestidad, en Sevilla? ¿Quién al emperador Valentiniano el Tercero, sino la fuerza que él hizo á la mujer de Máximo? (4). ¿Quién asoló y destruyó á España, y la entregó á los infieles y bárbaros, sino la injuria que el rey don Rodrigo hizo á la Cava, y vengó su padre el conde don Julian? ¿Quién sacó de juicio á Boleslao II, rey de Polonia, y le transformó en una bestia, de manera que vino á matar al santo obispo Estanislao porque le reprendia su deshonestidad, y en castigo deste pecado, á poner las manos en sí y matarse, ó como otros autores escriben, á morir despedazado de sus mismos perros? (5).

¿Quién despojó de la vida al Duque de Orlens, sino el atrevimiento que él tuvo de solicitar torpemente á la mujer de Juan, duque de Borgofia? (6). ¿Quién celebró aquellas memorables y lastimosas visperas sicilianas, y derramó tanta sangre de franceses, y les hizo perder el reino de Sicilia, sino

(1) Illescas, en la *Vida de Leon X*, § 2. (2) En la *Crónica del Gran Capitan*, cap. lxxii. (3) Plut., *In Apoph.* (4) Nicéph., lib. xv, cap. 1; Zonar., cap. iii; Sigon., lib. xiii, *De Occid. Imp.* (5) M. Cromero, lib. iv, *Hist. Polon.* (6) Jacobus Meyer, *Annal. Fland.*, lib. xv.

la desenfrenada libertad y lujuria de los que murieron? (7). ¿Quién sacrificó en el templo y día de san Estéban á Galeazo Mária, duque de Milan, sino la afrenta que él habia hecho á algunas mujeres casadas y nobles, contándolo y preciándose dello? Destos y de semejantes ejemplos están las historias llenas, y por eso no quiero traerlos aquí, ni cansar al lector con repetición inútil de cosas tan sabidas, y no necesarias para el intento que yo llevo en este tratado, que es declarar las virtudes con que los reyes y príncipes deben procurar conservar sus estados; entre las cuales, la virtud de la templanza es muy poderosa y admirable para hacer amable al príncipe, como dijimos, y sanar con su ejemplo las llagas que la deshonestidad causa en la república, y detener el ímpetu desenfrenado de la gente viciosa y regalada.

CAPÍTULO XXIII.

De la prudencia del príncipe.

Pero la guía y maestra de todas las virtudes morales del príncipe cristiano debe ser la prudencia, que es la que rige y da su tasa y medida á todas las demas. Esta prudencia, dice Ciceron (8), es arte de la vida, como la medicina lo es de la salud. Y Menandro dice que todas las cosas sirven á la prudencia. Y Sófoeles añade que entre todas es la reina y señora; porque, como dice un autor, ni quiere engañar ni puede ser engañada. Esta prudencia es tan necesaria para la vida humana, que hubo filósofo que redujo todas las virtudes morales á la prudencia, y dijo que no habia otra virtud; pero engañóse; la verdad es que la prudencia es la guía y maestra de todas las virtudes, como dijimos, y la que enseña el medio en que consiste, y la que es propia virtud, y como el ojo y luz de los que rigen, y las demas son comunes á los súbditos y á los superiores, como lo dice Aristóteles (9).

Y Platon dice que ninguno que no fuere prudente podrá bien gobernar. Y como escribe Aurelio Víctor, en la *Vida de Trajano*, dos cosas son las más necesarias para un príncipe, que sea santo en su casa y valeroso fuera, pero en lo uno y en lo otro prudente, y por eso Salomon agradó tanto á Dios, porque no le pidió honras ni riquezas, ni salud ni venganza de sus enemigos, sino sabiduría y prudencia para gobernar el reino que le habia encomendado (10), como la cosa más importante para acertar á hacer bien su oficio. Esta prudencia debe ser verdadera prudencia, y no aparente; cristiana, y no política; virtud sólida, y no astucia engañosa, como dijimos en el principio desta segunda parte que lo deben ser todas las virtudes del príncipe cristiano.

Para alcanzar la prudencia es gran medio pedirle á Dios, que es la fuente de todas las virtudes y autor de todo lo bueno, como lo hacia David y Salomon y Josafat, y los otros reyes temerosos de

(7) Mambrino Roseo, en la *Historia de Nápoles*, añadida á Colliuchi, lib. vii, cap. 1. (8) Lib. v, *De Finibus*. (9) Lib. iii, *Polit.*, cap. iii; Platon, *in Meroc.* (10) III, *Reg.*, iii.

Dios, y cultivar el ánimo con las virtudes; porque, así como el gusto estragado juzga mal de los sabores, así la voluntad estragada con alguna pasión se ciega y juzga mal de las cosas. Y por eso dice Aristóteles que es imposible que sea prudente el que no es virtuoso.

Y aunque no tuviésemos otros ejemplos (que hay muchos), sólo el de Salomon es suficientísimo para probar esta verdad, pues en faltándole el temor santo del Señor, del más sabio rey que hubo en el mundo, cayó en tan grandes locuras y desatinos; y es cierto que el que no tiene prudencia para regirse á sí mismo, ménos la tendrá para regir su casa, las ciudades, provincias y reinos. Demas desto, las ciencias y artes morales, que enseñan á moderar los afectos del ánimo y regir la familia y la república, valen mucho, y la lición de la historia es gran maestra de la prudencia, pues por lo pasado podemos sacar lo por venir; y así, debe el príncipe procurar saber lo que ha pasado en su reino en tiempo de los otros reyes sus antecesores, y cuándo fué mejor gobernado, y con qué medios, y usarlos él; porque comunmente las mismas causas producen los mismos efectos, y lo que fué será; y no ménos debe saber los medios que tomaron los malos reyes, para guardarse dellos y no caer en los inconvenientes y calamidades que ellos cayeron, y afligir y perder sus reinos, como algunos los perdieron, lo cual todo enseña la historia general de los otros reinos y provincias, y más la propia de sus reinos, en la cual debe estar muy leído el príncipe que desea acertar.

Mas sobre todas las cosas, despues de Dios, ayuda al príncipe cristiano el consejo de hombres sabios, fieles y celosos de su servicio y del bien público, los cuales debe tener siempre á su lado, si quiere acertar, y consultar con ellos, no las cosas ligeras y fáciles y de que se tiene mucha noticia y experiencia, sino las graves y dificultosas y escusas; porque sin este consejo y dirección, el príncipe se pondrá en gran peligro de perderse á sí y á sus reinos. Tratemos en este capítulo de la necesidad que tiene el príncipe de consejo, y en los siguientes de las calidades que deben tener los consejeros de los príncipes, y de lo que deben hacer para acertar.

CAPÍTULO XXIV.

De la necesidad que tiene el príncipe de consejo.

El eruditísimo y gravísimo cardenal Gabriel Paleoto (1) prueba admirablemente la necesidad que tienen todos los príncipes de consejo, y se saca primeramente de la flaqueza y miseria humana, que tiene necesidad de muchos apoyos y ayudas para no caer. Cualquiera hombre, aunque sea persona particular, tiene necesidad, en las cosas graves y dificultosas, de consejo y de no fiarse de sí, por la flaqueza de su entendimiento y por la fuerza de las pasiones, que se suelen cegar, y arrebatarse la voluntad y llevarla en pos de sí. La verdadera prudencia,

no solamente enseña á hacer por sí lo que toca á cada uno por razon de su oficio, sino tambien á aprovecharse de los otros y pedirles consejo, lo cual es señal de ánimo dócil y blando y amigo de ser enseñado; y esta blandura y docilidad es parte de prudencia, como enseñan Aristóteles y Santo Tomas (2). Y el que no sigue esta regla cae en el vicio de presunción y tiente á Dios, no usando de los medios que Él nos dejó, ni caminando por las sendas que nos descubrió para que no cayésemos; porque, así como Dios nuestro Señor, aunque pueda hacer todas las cosas por sí mismo, y no tenga necesidad alguna de las criaturas para todo lo que es servido, todavia, para mostrar más su bondad, se sirve de las causas segundas y las toma por instrumento para gobernar las cosas inferiores; así ha querido servirse de los hombres para ayuda de los mismos hombres, y para que no haya ninguno tan cabal y tan abastado de todas las cosas, que no tenga necesidad de otro, y con esto conozca su flaqueza y miseria, y se humille y acuda él tambien á la necesidad de su prójimo, y reconozca la benignidad del Señor, que por tales medios le levanta, ayuda y sustenta.

Por esto dijo el Espiritu Santo (3): «No seas sabio en tus ojos; y el que es sabio toma consejo, y los que hacen las cosas con consejo se rigen con sabiduría.» Y en otro lugar (4): «Hijo, ninguna cosa hagas sin consejo.» Por esto dijo san Bernardo (5): «Aquellos carecen de todo sentido y discurso, que piensan que no les falta nada.» Y san Agustín dijo (6): «En diciendo: Bástame lo que yo sé, luego caiste; en agradándote de tu consejo, pecaste.» Hablando san Pablo de Dios, dice (7): «¿Quién fué su consejero?» De las cuales palabras saca san Juan Crisóstomo (8) que es propio y sólo de Dios no tener necesidad de consejo, y que todos los hombres la tienen, y se deben aprovechar del consejo ajeno.

Ésta es la primera razon por que los príncipes deben tomar consejo, como hombres, que están vestidos de la misma flaqueza é inorancia de los otros hombres; pero otra hay más fuerte, que es ser personas públicas, cabezas de la república, soberanos señores, maestros y guías de los demas, y tener en sus manos la vida y la muerte de sus súbditos; porque, por ser un señor absoluto y gran rey y monarca del mundo, no por eso de suyo tiene mayor prudencia, sino ocasion de alcanzarla con el uso y experiencia, en poco tiempo, más que los que no lo son, en mucho. Y por esto tiene obligacion de tratar y consultar los negocios graves que se ofrecen con las personas de ciencias y conciencia, pues de la resolucio que tomare pende el bien ó el mal de la república; porque, así como no puede el príncipe por sí mismo hacer todas las cosas que convienen á su reino, sino que tiene necesidad de muchos

(2) Arist., iii, *Ethic.*, cap. iii; D. Thom., II, ii, q. 49, art. 3. (3) *Prov.*, iii et xii. (4) *Eccles.*, xxxii. (5) Lib. ii, *De Consid.*, cap. vii. (6) Lib. xv, cap. xiii, *De Civit. Dei.* (7) *Rom.*, xi. (8) *Chrisost.*, *In Homil. de ferend. reprehens.*

(1) En el libro *De sacro Consist. consul.*, p. 1, q. 1.

para vireyes, presidentes, embajadores, gobernadores y ministros, así tampoco no es posible que comprenda todas las cosas por sí mismo, sin que tenga necesidad de quien le alumbré y ayude en sus consejos.

Algunos llaman al consejo del príncipe, alma, razón é inteligencia de la república, para dar á entender que así como el cuerpo sin el alma pierde su sér, y el hombre sin la razón es como un bruto; así, quitado el consejo de la república, queda ella sin vida y sin sér. Y hasta el poeta Horacio dijo (1): *Vis consilii expers, mole ruit sua*; que el poder que no está apoyado con consejo, con su mismo peso cae.

Teopompo, rey de los lacedemonios, preguntado cómo el reino podría ser durable y perpétuo, respondió que con dos cosas: con tomar el Rey consejo con varones amigos y sabios, que libremente le digan la verdad, y hacer justicia á todos igualmente (2). Por esta razón el emperador Alejandro Severo nunca ordenaba cosa de momento sin el parecer de muchos jurisconsultos y varones sabios; y después de haberlos oído, corregía y retrataba lo que ántes había ordenado. Y diciéndole su madre que con esto enflaquecía su imperio y hacia que no fuese tan estimado, respondió: «Pero haréle más seguro y más durable» (3).

Por esta misma causa los emperadores Teodosio y Valentiniano escribieron al Senado estas palabras (4): «Bien entendemos que lo que se ordenare con vuestro consejo será acertado y redundará en felicidad de nuestro imperio y en vuestra gloria.» Y Polícrates escribe que es imposible que ningún príncipe gobierne bien si no tomare consejo de los sabios. Y Aristóteles, escribiendo á Alejandro Magno, dice que el tomar consejo es cosa divina, porque por este medio se halla lo que es mejor y más útil (5), y Platón llama al consejo cosa sagrada (6).

Demás destas razones, hay otra, fundada en el uso y costumbre de todas las naciones y repúblicas bien ordenadas y de todos los príncipes sabios y valerosos, los cuales entendieron que no podían cumplir con su obligación, ni conservar sus reinos y estados, sino por este camino. Y que, como dice una ley: «No hay duda sino que todas las cosas que se guían por buen consejo tienen buen suceso, firmeza y estabilidad.» Y que cuando falta el consejo, se pierden los reinos y estados, como dice Salustio por estas palabras: «Todos los reinos y ciudades y naciones en tanto florecieron, en cuanto en ellas los verdaderos y saludables consejos tuvieron fuerza; mas entrando la gracia, el temor, el deleite, y los otros vanos respetos, luego las riquezas comenzaron á faltar, y á perderse el imperio, y en lugar del mando, á suceder la servidumbre.»

Por esta misma causa los reyes, cuando se coro-

(1) Lib. III, *Carmin.*, od. IV. (2) Plat., in *Apopht. Lacon.*
(3) Lamp., in *Sever.* (4) L. *Humanum. De leg.* (5) In *Rehthor. ad Alex. in Epist. operi præfixa.* (6) Plat., in *Theog. sive de sapient., in princ.*

nan, suelen jurar de guardar las leyes, la justicia y la paz de la santa Iglesia; y añaden: «De la manera que, con el consejo de mis fieles súbditos, yo entendié que es mejor» (7). Y no solamente los otros príncipes hacen esto, pero el mismo sumo Pontífice, como lo dice el ilustrísimo cardenal Paleoto, en su doctísimo libro de las *Consultaciones del sacro Consistorio*. Y escribe que en el libro llamado *Diurno*, de la librería Vaticana, y en la *Recopilación de los Cánones*, del cardenal Deusdedit, se halla la forma antigua de la profesión de la fe de los sumos pontífices, en la cual hay estas palabras (8): «Si algunas cosas sucedieren contra la disciplina canónica, yo procuraré corregirlas, con el consejo y dirección de mis hijos, los cardenales de la santa Iglesia romana.» Y así lo hace en las cosas de momento y graves. Pues si el sumo Pontífice, que es vicario de Dios en la tierra, y el padre y maestro de todos los príncipes cristianos, promete de tomar consejo con los cardenales, ¿por qué no tomarán consejo los otros príncipes, que no tienen tanta seguridad de ser favorecidos y alumbrados del Señor? Que Cristo particularmente rogó por Pedro y le prometió su asistencia, la cual no ha prometido á otro príncipe (9).

Ayuda asimismo el tomar consejo para la reputación y buen crédito del mismo príncipe y para dar autoridad y peso á sus leyes y mandatos; porque cuando van consultados y regulados con el consejo y parecer de hombres sabios y amigos del bien de la república, parece que toda ella, no sólo se sujeta á la voluntad del príncipe, sino que se rinde á su juicio y le tiene por más acertado, por haber sido muy mirado y consultado con los que tienen buen parecer. Y no pierde punto de su soberanía y grandeza por oír el parecer de otros; porque no consulta el príncipe las cosas con su consejo, como quien está obligado á seguirle y hacer lo que le dicen, ni su suprema potestad está atada á esto, sino para que, examinándose las cosas entre muchos, pueda él tomar más acertada resolución, en lo cual no debe tanto seguir la mayor parte, cuanto la más sana y mejor, puesto caso que cuando todo el consejo fuese conforme y de un mismo parecer, ha de mirar mucho el príncipe lo que hace, para no desviarse dél y echar por contrario camino, no porque no esté en su mano hacerlo, sino porque con razón debe temer que no sea acertado lo que á tantos sabios, como se presupone que son los de su consejo, parece desacertado, y es muy loada aquella voz imperial, digna de tan grande príncipe, que dijo (10) que aunque no estaba sujeto á la ley, quería vivir según la ley.

Bien puede ser que algún príncipe sea tan sabio y de tan larga experiencia, que en pocas cosas tenga necesidad de consejo; pero esto regularmente pocas veces acontecerá; y son tantas y tan varias, y tan perplejas y de tanto momento las que á un

(7) In *lib. Pont.*, ubi ponitur *juramentum*. (8) Part. I, q. 3, art. 6. (9) *Luc.*, xxii. (10) L. *Digna vox*, C. *De legibus*.

gran príncipe se ofrecen en paz y en guerra, y tantas las circunstancias que en cada una dellas se deben considerar, porque una sola que falte, las trueca y altera, que parece casi imposible que no tenga necesidad en muchas dellas de quien le ayude á descubrir tierra, para comprender mejor la verdad; porque el entendimiento del hombre es muy limitado, y más ven muchos ojos que uno, y Dios, nuestro Señor, permite que el que se fia de sí caiga, como dijimos, y que esté en pié el que toma los medios que Él le da para no caer. Que por esto dijo el Espíritu Santo (1): «Los pensamientos se derraman donde no hay consejo, y se confirman donde hay muchos consejeros.» Y en otro lugar (2): «Adonde hay mucho consejo hay salud.»

Ménos inconveniente sería que el príncipe no supiese tanto, si por saberlo fuese enemigo de tomar consejo, que ménos sabio, si por serlo tuviese buenos consejeros, y se supiese aprovechar de la gran prudencia dellos, y con ella supiese su falta. Que áun por esto se lee (3) que algunos grandes reyes, aunque con mal aviso, no quisieron que los príncipes sus herederos supiesen letras, porque, juntándose la ciencia con la suma potestad, no viniessen á confiar mucho de sí y á menospreciar á los otros, y no tomar consejo de nadie, y gobernarlo todo por su antojo y voluntad. A lo ménos Ludovico XI, rey de Francia, daba esta razón, y dicen que fué la causa el haberse él gobernado por sí, y tenido muchos trabajos por ello. Ésta es la necesidad que tienen los grandes príncipes de consejo; veamos ahora cuáles deben ser los consejeros de los príncipes, y lo que ellos deben hacer para acertar.

CAPÍTULO XXV.

Las partes que deben tener los consejeros de los príncipes.

Aristóteles enseña (4) que tres cosas son necesarias para que un hombre se fie de otro y crea lo que le dice, sacadas de la persona que da el consejo, y á quien se da, y de las mismas cosas sobre que se da el consejo. Éstas son, la prudencia, la amistad ó benevolencia y la virtud; la prudencia, para que entienda bien lo que dice, y no se engañe; la amistad, porque fácilmente nos inclinamos á creer á los que nos aman y nos desean y procuran bien; y la virtud, finalmente, sobre todas las cosas tiene más fuerza para persuadir lo que quiere; porque no hay ninguno que crea que miente y que le quiera engañar el que tiene por verdadero y virtuoso; y así, aunque el príncipe en escoger las personas para su consejo debe tener atención á las partes que dice Aristóteles, y más abajo se dirán; pero á ninguna más que á la virtud, porque, por sí sola merece ser estimada, y ninguna otra sin ella lo merece; y está seguro el príncipe que donde hay verdadera y sólida virtud, no podrá haber voluntad de enga-

ñarle; y porque los hombres fundados en la virtud están fundados en Dios y se contentan con poco, y huyen el resplandor engañoso de la corte, debe el príncipe buscarlos con gran cuidado, y atraerlos á su servicio con palabras dulces, promesas y beneficios liberales, y ruegos, si fuere menester. Y no piense que pierde, sino que gana autoridad en rogar al hombre virtuoso y prudente que le sirva; porque es señal que estima y honra la virtud, y que conoce el provecho que della le puede venir, que suele ser tanto, que á las veces lo que no pueden hacer los tesoros y ejércitos y todo el poder del príncipe, acaba, allana y remedia un sabio y virtuoso consejero.

Esta virtud debe ser el fundamento de todo buen consejo; porque, como dice san Ambrosio (5): «¿Quién busca la fuente en el lodo, ó bebe del agua turbia y cenagosa, ó puede juzgar que sea bueno para los otros lo que no es bueno para sí, ó que es más aventajado en el consejo el que no lo es en la vida?» Y por esto, como una vez, en cierta junta de los espartanos, un hombre de no buena fama, por nombre Demóstenes, dijese una buena sentencia y acertado parecer, levantóse el que presidía, y mandó á otro hombre virtuoso de los que allí estaban que diese aquel mismo parecer, y él lo hizo, y todos los otros le siguieron, mostrando en esto el caso que hacían de la virtud, y que no podía conservarse la república que tuviese por consejeros hombres de mala vida (6).

Aristóteles, en otra parte, y Platón enseñan (7) que para la perfección y cumplimiento de todas las acciones del hombre son menester tres cosas: saber, querer y poder, ó como dijo Baldo (8), ciencia, voluntad y potencia; pero mejor que nadie, san Gregorio Nacianceno declara las partes que ha de tener el buen consejero, y son tres: grande experiencia, mucha caridad y libertad en el decir: *Nam terna, dice este santo, cum sint, ut vetus sensit cohors, pollere debet optimus monitor quibus rerum usus ingens, charitas, os liberum, in me requires prorsus ex tribus nihil*. La experiencia de las cosas es muy necesaria en el que ha de dar consejo; porque, así como no habla bien de las cosas de la guerra el que nunca se vió en ella, ni de las cosas de la mar el que siempre vivió en tierra, ni de la mercadería el que no es mercader, ni de la labranza el que no es labrador, ni de las otras ciencias ó artes el que no tiene noticia dellas (9); así ninguno puede tener buen parecer en lo que no sabe, ni dar buen consejo en lo que no tiene experiencia.

Por esto dijo Cicerón (10) que la primera y más principal cosa que debe tener el que ha de dar buen consejo en la república, es tener bien entendida y comprendida la república; porque, así como si uno hiciese profesión de gramático y no supiese las re-

(5) Lib. II, *Offic.*, cap. VIII et XII. (6) Aul. Gellio, lib. XVII, cap. III; Plut., lib. *Præcep. Reip.* (7) Lib. V, *Polit.*, cap. IX; Plat., in *Gorgia*. (8) In *lib. Multum*, C. *Si quis alter vel sibi, in carm.*
(9) Card. Paleot., *De sacri Consist. consul.*, in *conclusionem memb.*
(10) Lib. II, *De Orat.*

(1) *Prov.*, xv. (2) *Prov.*, xi. (3) Cardin. Paleotus., *De Sacri Consistor. consul.*, p. I, q. 2, et Bodino, lib. III, cap. I.

(4) Lib. III, *Red. ad Theodectem*, cap. I.